

# Las tres noches de Sempronio

**NO** era cosa de faltar a la cita que se dieron los «snobs». Y el otro sábado, a la hora convenida, héteme ocupando mi butaca del Comedia. Butaca de la postrera fila, y gracias, pues éramos tantos, que incluso respetables caballeros y apasionadas damas vieron todo el «Tenorio» de pie, en franca camaradería con las americanas blancas de los acomodadores.



Dalí

Estábamos todos allí, todos menos Dalí, el héroe de la fiesta, que se quedó en Calafqués pintando, según dijo, una madona. Trabajo, no de artesano, no, sino de obrero, al que dedica jornadas normales, horas extraordinarias y vacaciones pagadas. «Grave error psicológico considero no venir hoy», le telegrafió, por la mañana, Luis Escobar. Pero la psicología de Dalí no es la de Le Bon, ni la de cualquier otro fósil. Se hizo el sueco y se quedó en su playa, dándole manos y más manos de pintura a su madona.

Como que estábamos a mediados de octubre, llevando ya varios días sin «fresco», sudamos la gota gorda embutidos en nuestros trajes oscuros y civilizados. Además, a las señoras y señoritas dalinianas les da por fumar en los intermedios, y al natural calor del parto tenorresco hubo que sumar el calor de tanto pitillo encendido.

He empleado adrede la palabrota parto, para precisar que el del sábado fué el de los montes. A las alturas del teatro habían acudido algunos dispuestos a silbar, mientras que el patio estaba lleno de gente firmemente decidida a aplaudir. Pues bien: a aquéllos se les heló el silbido en los labios y a éstos se les agarrotaron las manos. El «experimento más revolucionario del teatro moderno» (enhora buena al encargado de la publicidad del Comedia, que fué el auténtico triunfador de la noche) quedó, por lo visto, para otra ocasión. Los dalinistas a ultranza defendíanse al final:

—No me negará usted que los vestidos son muy bonitos. Y el decorado de la casa de doña Ana, precioso...

Otros, menos surrealistas y más realistas, rezongaban:

—¿Y Ricardo Calvo hablaba tantas pestes de eso? ¡Debiale subvencionar la empresa!...

Pero los que jamás desarman, trasladaban ya sus esperanzas a la conferencia que, el jueves, debía dar Dalí en el Ateneo.

—¡Allí, allí la gozaremos!...

Un enterado vino con la noticia de que Salvador Dalí pintaba otro «Tenorio», para ser montado dentro de unos días en Madrid por la misma Compañía del María Guerrero. Un «Tenorio» Dalí bis. Y aquí vino a cuento la conocida anécdota del inseguro cantante, a quien el público, con sus aplausos, le hace repetir varias veces el aria. «Para ver si así se la aprende», aclara uno de los que aplauden.



Lina Valls

Ignoro si Lina Walls vino de París a Barcelona a bordo de un «wagon-lit». Y si fué en el mismo andén de la estación de Francia donde decidió no competir con el coche-cama y dejar para ese la doble uve, y restituir en su apellido la uve sencilla y original. O, sa, paladín de la revista española, quien decidió nombrar las cosas por su nombre: al pan, pan, y a la artista barcelonesa, una uve casera y sin dobleces.

Conste que me parece un acierto. Hace un par o tres de años, en ocasión de encontrarse Lina Valls en Barcelona de vacaciones, me la presentó su primer maestro, don Antonio Capdevila, incubador de divos y ramblista impenitente. Lina me pareció una barcelonesita encantadora. Lamenté entonces en el alma que la muchacha, acaparada por su empresario galo, no pudiera recrear a sus compatriotas con el halago de su voz.

Pero en este mundo todo tiene

un fin. Incluso estas «Violettes imperiales» que llevaban camino de eternizarse en el cartel de París. Y una pausa en el éxito nos ha permitido ver y oír en nuestro Cómicó a esta paisana que quizá ya para siempre, huyendo de restricciones, se quede en la «Ville Lumière».

Lo estupendo del caso es que quien ha cantado victoriosamente por espacio de tres o cuatro años en París, sienta el «trac» la noche de su presentación en el Paralelo. Pero la chica me lo aseguró así: cuando entré a saludarla en el camarín que, galantemente, Mary Sautpere le ha brindado en usufructo.

—¿Qué quiere usted? Los nervios son los nervios...

—No será, señorita Lina, que entre los recuerdos de su niñez figura la cara de «papo» del público de Barcelona?

«Trac», naturalmente, injustificado. En el cóctel «Te espero en el Cómicó», Lina Valls viene a echar precisamente unas gotas de París. Sé que la imagen es cursi, pero para enfrentarnos con una revista y una «vedet», resulta ridículo desempolvar a los clásicos y alardear de idioma. Lina Valls tiene «charme» y tiene «chic». ¡Con perdón de los castizos a quienes los galicismos les pican como tarántulas!



Mtro. Demón

La tercera noche de Sempronio empieza también con galicismo: «Chez Demón». El eterno joven maestro ha desertado el entremezclado «Pes de la Palla» y ha ido a sentar sus reales en la no menos eterna Rambla del Centro. Nada menos, bajo la alegre advocación de «Folies», que ha reabierto el tan traído y llevado «Excelsior». Es toda una nostálgica buena vida que intenta resucitar Demón «chez sob». Y para ver si lograba, a este Lázaro, que es nuestro pretérito, hacerle salir del sepulcro, llamó, la primera noche, al señor vizconde de Güell, que siendo el vizconde, es el varón de todas las «premières».

Como no podía ser de otro modo, el maestro Demón bautizó su local con «champagne» francés. ¡La vieja y buena vida se anega en galicismos! Y para sostener las copas espumeantes, el patrón de la nueva barca recurrió a las manos de cuantos creemos — y somos legión, todavía — que la Rambla no ha sido sustituida en la alegría de la ciudad. A rey muerto, rey puesto, reza el dicho. De acuerdo. Entonces, hagan ustedes el favor de decirnos en qué calle o barrio de Barcelona la noche cobra la animación, la vivacidad y el ritmo propios de las actuales Ramblas.

Y tan espumosas como el «champagne» son, en «Folies», las chicas del ballet, cuyo desenfado contra punto, en el «show», es un buen fondo para las canciones de la imponente Margarita Díaz, la primera cubana a gran voz que se acerca por aquí.

Una sola cosa encontramos a faltar «Chez Demón»: un tobogán para descender rápidamente a la cava, para zambullirnos más rápidamente, de cabeza si precisa, en las redivivas delicias nocturnas ramblísticas.

SEMPRONIO